

Prólogo

Existe un hilo rojo, sutil, que vincula desde los antiguos bien y belleza. O, si el bien parece una noción excesiva, incluso metafísica, podemos entenderlo en su dimensión humana, como bondad, y precisar el vínculo recordando que, desde tiempos remotos, belleza y bondad han vivido hermanadas, casi como inseparables. Así sucede, a pesar de la distancia geográfica, en dos culturas tan potentes y deslumbrantes como la griega y la china antiguas. En tiempos de Platón y Confucio, hace veinticinco siglos, la relación entre belleza y bondad expresaba una verdad profunda: que lo bueno es bello, y que lo bello, bueno. Esta verdad sugiere que la belleza no afecta solo al aspecto o la forma de las cosas, ya sean naturales o artísticas, proporcionando así a quienes las contemplan una sensación de agrado y placer, de bienestar emocional y de estímulo intelectual, sino que la belleza es también manifestación de la bondad, puesto que no puede reconocerse belleza allí donde hay maldad, inhumanidad o barbarie: la monstruosidad siempre ha aparecido como maligna. Y, de modo correlativo, esta verdad también sugiere que la bondad, como plenitud en la virtud y como estado de perfección en aquello que hace que una cosa o persona sea lo que es, es bella, puesto que, justamente por haber alcanzado ese estado, es deseable y deseada.

Algo de esa sabiduría milenaria, que se remonta a siglos atrás de nuestra era, pervive todavía en el lenguaje común actual cuando alguien se refiere a una *bellísima* persona para elogiar su actitud, como ejemplo en su comportamiento de virtud y bondad, o cuando hablamos de una cosa *fea* para identificarla como indeseada por su maldad ética o moral.

Los tiempos modernos, sin embargo, han acentuado una tendencia cultural, que es también educativa y social, incluso labo-

ral, a la especialización, es decir, a la separación de las diversas dimensiones del ser humano. Tal vez ello sea fruto inevitable del no siempre beneficioso progreso, que parece impulsar el desarrollo de algunas aptitudes, habilidades o intereses, y también, por supuesto, ocupaciones, en detrimento de otras. Sin embargo, ello ha comportado separaciones artificiales o forzadas entre ámbitos que, de hecho, solo pueden comprenderse de manera articulada y conjunta. Así, hemos acabado separando la belleza de la bondad, así como la belleza natural de la belleza artística, pensando de manera reductiva que la belleza tiene que ver con el arte y con la estética, o con el gusto y el deseo, sin que ello tenga necesariamente que ver con la ética y el comportamiento moral. No ha ayudado, en este sentido, esa tendencia a entender la belleza como una cosa de las *bellas artes* y de esos extraños objetos que denominamos obras de arte, custodiados en los museos, pues parece que, así, asignándoles un lugar cultural, separamos la belleza de la vida y de todo aquello con lo que, en la vida, la belleza está conectada. Del mismo modo, esa separación entre belleza y bondad, o entre estética y moralidad, ha conducido a no reconocer la belleza en las acciones o en los comportamientos humanos, justamente por haber desprovisto a la belleza de su íntima relación con la vida. Con todo lo vivo, casi diríamos.

Por este motivo, los dos maravillosos textos de François Cheng que se publican conjuntamente en este volumen, dedicados a la belleza y a la virtud, son un brillante estímulo, lleno de sugerencias y evocaciones, para reconocer su mutua implicación, a través de ese hilo rojo sutil que vincula una arraigada convicción de los tiempos antiguos, en Grecia y China, con una aspiración que todavía hoy puede reconocerse en los más altos impulsos que alimentan, a pesar de todo, a veces, estos tiempos convulsos en los que nos ha tocado vivir. Cheng es uno de los grandes intelectuales de nuestra época. Y, sin embargo, o justamente por ello, renuncia a las complicadas

argumentaciones teóricas y recurre a la simplicidad, que no tiene nada de banal, cuando, por ejemplo, para ilustrar lo que entiende por virtud, recurre a los efectos benéficos y a la belleza de algunas plantas, como el bambú, el ciruelo, el loto o la orquídea, reconociéndolas como «seres de bien» y descubriendo en ellas propiedades, a un tiempo, estéticas y morales, como ejemplo de belleza y virtud. Una belleza y una virtud, me atrevería a decir, en minúscula, modestas, de tono menor, que permiten aproximarlas, así, a nuestra experiencia cotidiana de las cosas para entender, aunque sea de modo intuitivo, la sutileza que anida en nociones tan complejas y, a la vez, grandiosas como estas.

Con ello, Cheng participa de un impulso propiamente ilustrado que siempre ha teñido de un carácter utópico y visionario los momentos históricos de emancipación y aspiración de justicia. Baste recordar aquello que el poeta Friedrich Schiller, a finales del siglo XVIII, expresó en sus *Cartas sobre la educación estética del hombre*, cuando acertó a formular, de manera expeditiva, que «la belleza es la vía que conduce a los hombres a la libertad». Hacia ese ambicioso horizonte, en el que belleza y bondad se hermanan, apuntan estas páginas vibrantes de Cheng. Una invitación a renovar la mirada, a descubrir el palpito estético que late en cada acción y la dimensión moral que se esconde en toda belleza.

XAVIER ANTICH

Nuestra presencia en el mundo puede parecernos banal o milagrosa, según la sensibilidad de cada uno. Pero todos admitimos que en ello hay un misterio. No estábamos ahí y, un buen día, descubrimos que estamos, durante un tiempo. Una vez inmersos en este mundo tal como se nos ofrece, dos fenómenos, entre otros, nos asombran especialmente, dos fenómenos extremos que constituyen, por así decirlo, misterios dentro del misterio, el del mal y el de la belleza.

El mal sabemos lo que es de tan roída que está la vida humana por él. El mal está causado por las enfermedades o las calamidades naturales. Está también el que los hombres infligen a los demás hombres. Este último es mucho más aterrador. Como el hombre está dotado de inteligencia y goza de libertad, cuando pone su ingenio al servicio del mal —masacres, genocidios, suplicios, violaciones, torturas físicas o morales, destrucciones en masa—, no existen límites a su radicalidad. Ni siquiera la muerte acaba con él,

ya que dicho mal destruye, con crueldad aterradora, no solo el cuerpo, sino también el alma. Es capaz de destrozar el orden de la propia vida. De este modo, este mal radical transforma nuestro planeta único en un astro negro entre los astros. Por lo tanto, hay aquí un misterio que habita y que nos paraliza.

La belleza también sabemos lo que es. Todos la hemos experimentado y compartimos impresiones comunes, desde el cielo estrellado y los paisajes grandiosos hasta el más insignificante vuelo de un pájaro entre las nubes, hasta la más insignificante hierba acariciada por la brisa. Si se halla en todas partes, a bote pronto no parece indispensable para la vida. Comparado con lo bueno, lo bello aparece como un lujo, un excedente, dicho de otro modo, algo superfluo. Aquí les proponemos partir de una idea sencilla: el universo no está obligado a ser bello. Podríamos imaginar un universo únicamente funcional, sin que lo rozara ninguna idea de belleza. Sería un universo que se conformaría con funcionar, en el que un conjunto de elementos neutros, indiferenciados, se mueven, se agitan, indefinidamente. Estaríamos ante un mundo de robots, o un mundo de concentración; ya no estaríamos en el orden de la vida. Para

que haya vida, es necesario que haya una diferenciación de elementos que, al volverse más complejos, tiene como consecuencia la formación de cada ser en su singularidad. Esto responde a la ley de la vida que implica que cada ser constituya una unidad orgánica específica y posea, al mismo tiempo, la capacidad de crecer y transmitirse. Es así como la gigantesca aventura de la vida ha desembocado en cada brizna de hierba, en cada insecto, en cada uno de nosotros, cada uno único y no intercambiable.

GG

Encuentra este libro en tu librería habitual
o en la página **web de la editorial**

Mirar y pensar la belleza

François Cheng



GG

Prólogo de **Xavier Antich**

Mirar y pensar la belleza
François Cheng

editorialgg.com